

NOVELA

Los 200 años del nacimiento de Herman Melville

EXPOSICIONES

Paco Guillén: el dibujo como documento y realidad

CINE

'Roma', de Alfonso Cuarón, tal vez la mejor película del año

IDEAS

Pregunta: ¿Acaso los Reyes Magos no pueden ser tres reinas magas?



Miguel Pérez Alvarado, en la avenida de Las Canteras, con uno de sus libros. | GERARDO MONTESDEOCA

“No hay poesía si la palabra no abre la experiencia del cuerpo”

En 'Ala y Sal' y 'Abra' Miguel Pérez Alvarado explora el encuentro enigmático entre el cuerpo y el mundo

2.3 Cultura.

MIGUEL PÉREZ ALVARADO

Poeta

Poesía y filosofía intercambian argumentos y timbre en 'Ala y sal' y 'Abra', de Miguel Pérez Alvarado (Las Palmas, 1979), una de las voces más hondas de cuantas se manifiestan en el espectro insular

“El mar, como su carencia de nombre propio indica, no es de nadie”

MARIANO DE SANTA ANA

¿Es la poesía un ejercicio corporal?

Si la palabra no nos abre a la experiencia del cuerpo, entonces no hay poesía que valga: lo que queda colgándonos de la boca pasa a ser tan sólo palabrería. Pienso que, igual que en el cuerpo no prima nunca un sentido, sino que en él campan, se complementan, impugnan e interrumpen constantemente todos los sentidos, en el lenguaje sólo tenemos experiencia de la poesía cuando dejamos atrás el significado presupuesto de las palabras, y nos exponemos a que este surja de nuevo a condición de su deriva.

A propósito de esto, pienso en lo que dice Héctor Viel Temperley: “Voy hacia lo que menos conocí en mi vida: voy hacia mi cuerpo.”

Creemos a menudo que en el cuerpo podemos llegar a delimitar lo que somos, cuando la realidad es que en él no tendríamos lugar sin la gracia, a menudo violenta, de lo que nos excede. Permanentemente. Nos sabemos no tanto como objeto de conocimiento sino como sabor que surge entre intersecciones; que podamos suspender ese sabor dándole la forma de un eco y que para alcanzar esa suspensión utilicemos la palabra, que en nuestra cultura es además la tecnología preferente para articular el saber, es una coincidencia que genera tantas posibilidades como confusiones. Coincido con Viel Temperley en que existe siempre un desfase entre lo que se puede conocer de la vida propia y el espacio en el que creíamos que se delimitaba su extensión. No coincido si en su fragmento leemos la esperanza de una posible salida a dicha encrucijada poniendo al cuerpo, en lugar de a la vida, como el verdadero objeto de conocimiento, convirtiéndolo en saber sin sabor. Porque el desfase entre vida y cuerpo, la no coincidencia entre ambos, es inacabable. En *Ala y sal*, quedó inscrito para mí un dilema parecido, aunque sin apuntar a salida pacífica alguna: “puedas dar tu carne en herencia/ a tu sed/ si dentro del eclipse/ conservas las regiones de la luz.”

En “Abra” su cuerpo no vislumbra “las tristes playas de la muerte”, como en el poema de Rivero, sino que celebra la vida en playas voluptuosas.

Abra, efectivamente, trata del regreso a la Isla, y por lo tanto incluye una arribada ante la orilla. Mis playas son, por eso, el lugar que al mismo tiempo que nos recibe, nos



Miguel Pérez Alvarado, ante sus libros, en una terraza de Las Palmas. | MARIANO DE SANTA ANA

coloca ante la obligación de volver a comenzar, y quizás por eso resuenen en ellas ecos de voluptuosidad. No se me ocurre nada más voluptuoso que tener una segunda oportunidad para darle sentido al mundo. Las playas de Domingo Rivero, al menos en el poema que cita, aparecen como un destino final o, en todo caso, como el inicio de un sendero transmundano, y, en las propias palabras del poeta, marcado por el “arcano”. No me extraña que fueran tristes. Pero yo añadiría que en *Abra*, a donde se regresa no es tanto a una playa, sino a una orilla. O dicho de otra manera, se trata de vivir el regreso como la experiencia del cuerpo que es puesto de nuevo ante su condición de orilla. Y eso vale para la visión de La Barra desde Playa Chica, como para un sendero circular por las crestas de Bandama, la rememoración en medio de la calma de una de las visiones de William Blake o la retención en la memoria del sol parco pero deslumbrante de un atardecer de otoño en

“

“No tendríamos lugar en el cuerpo sin la gracia de aquello que nos excede”

“Nada más voluptuoso que una oportunidad nueva para dar sentido al mundo”

el londinense Brockwell Park. El poema que cita de Domingo Rivero, por cierto, tiene para mí otra connotación, digamos, corporal: mi abuelo y mi madre me lo recitaban de pequeño. Sin intenciones culturales, impactados ambos por su contundencia, creo. En todo caso, lo mamé desde mucho antes de saber lo que era, intelectualmente hablando, un poema. Me rodeaba. Quizás sin ese poema, hecho compañía y presencia, no hubiera escrito todo lo demás.

La última parte de “Materia y confusión”, uno de los poemas de “Ala y sal”, está referenciado en Playa del Inglés. Además de fenomenología, epistemología, ontología, metafísica y otras cuestiones mayúsculas, la sola enunciación de este lugar evoca también chiringuitos, turistas, flotadores, bronceador... En fin, cosas de las que escribe con desdén Eugénio de Andrade en “Maspalomas sin nostalgia” y que en sus versos están, perdóneme por el chiste fácil, orilla-

das. ¿Cómo se lleva con la banalidad?

Con la banalidad me llevo muy bien... hasta que me pongo a escribir. Lo digo en serio, cuando me arrastran los flujos orales de la lengua, soy un cachondo. Pero cuando le doy a la tinta, me puede siempre la sensación de que algo importante se pone en juego, y que con eso no se juega. Respecto al poema que menciona, yo diría que para un canario, flotadores, chiringuitos y turistas están siempre presupuestos en cualquier mención que se haga a Playa del Inglés. Referenciar allí ese poema tan sesudo no es negar, sino asumir los signos que toda la lectura desde el presente puede colocar en él. Es el lector quien trae el dulce aroma a bronceador debajo de la nariz, y el poema le inserta en el centro del olfato una pestilente sucesión de versos hechos a base de inmisericordias encabalgamientos. Porque en un poema no describimos nunca lo que ya conocemos, sino que en él insertamos un temblor que rescate algo que corre el riesgo de perderse. En ese paisaje de sol y playa del Sur, sinceramente, creo que son la economía y la verborreica vaciedad del eslogan turístico quienes orillan la pretensión de mis pocos versos, y no al revés. Pero a mí me toca darle espacio a esa resistencia que pide ser salvada. Aunque, como siempre, en un poema siempre pueden caber muchas más cosas.

¿A qué se refiere?

El poema del que hablamos realmente no está situado en la Playa del Inglés, sino en su mar, a donde se nos invita a entrar para volvernos y abrir desde allí la perspectiva de la Isla. La mirada congelada que nos obligaba a vivir el paraíso desde el chiringuito que observa el horizonte, se revuelve y nos coloca de nuevo por un instante ante la presencia de la naturaleza ingobernable que sostiene la mole insular. La gestión económica del territorio decae frente al gesto verbal de la mirada.

Para seguir con el “sentimiento oceánico”, permítame que le cuente una trivialidad que me relataron hace tiempo y que ahora me trae a flote la memoria: una vez, cuando terciaba en un conflicto entre cofradías de pescadores, un consejero de pesca de Lanzarote exclamó: “¡Señores! ¡El mar, como su propio nombre indica, es de todos!”

No se me ocurre nada más adecuado saliendo de la boca de un gestor: hablar de la gallina de los huevos de oro para conseguir que nadie le mire el culo sollado a la gallina. Para un poeta, sin embargo, el mar, como su carencia de nombre propio indica, no es de nadie.

Su poesía parece a veces filosofía. Cito de “Abra”: “Ningún origen se da en la coincidencia entre el supuesto acontecimiento de un comienzo y su ‘decibilidad’, sino que llega siempre cuando, tras la acometida imprevista de un tajo que rompe el tiempo en ‘sus tantos antes’, las resonancias surgidas con el golpe se hacen eco en el cuerpo que prolonga a su vez las vibraciones en los cauces de la boca”. Diría que en estos versos resuenan Heidegger y Merleau-Ponty.

La poesía pone a flor de piel el lenguaje, nos deja ver en su super-

ficie la profundidad de la sintaxis que une y desune lo que vamos siendo. La poesía indisponde el lenguaje como mera comunicación, que es el sopor en el que late a diario, y lo pone sensible. A veces pensamos que se puede elegir cómo escribir, pero yo creo más bien que el que escribe desde esa conciencia, arrastra consigo una carga que ni siquiera sabría cómo dejar atrás. Porque al escribir se da un cuenta de que no se trata realmente de una carga, sino del peso que hace desencadenar el mecanismo. Si eso no tiene que ver con la filosofía, apaga y vámonos.

La isla, territorio de límites físicos precisos, es un espejo del ser. Por ello mismo el narcisismo insular, la impostación de la voz mediante el abuso cansino de este tópico, es harto frecuente en la literatura hecha en Canarias. Refocilarse en la orilla marina puede convertir al autor en la estatua de sal que menciona en uno de sus libros. ¿Cómo hace para volver una y otra vez sobre la insularidad y evitar este peligro?

García Cabrera escribió que las islas son objeto, oasis, para el que las mira desde fuera, y sujeto, punto de vista, mirador, para el que lo hace desde dentro. Hacer de la isla mi permanente objeto de contemplación no me interesa; pero perder la visibilidad insular, ese punto de vista, eso sinceramente no sé si soy capaz de hacerlo sin sacarme los ojos de la cara. En *Abra* hay un poema donde dejé escrita una intuición semejante: "Las cosas, casi siempre, suceden así: te entró arena en los ojos, y no te queda más remedio que mirar desde dentro de la arena. No es entonces lo que ves o lo que no se deja ver lo que está en juego, sino la supervivencia de la visibilidad". En todo caso, para mí la isla no es un territorio de límites precisos, yo la siento más bien como ese espacio que se habita sin poder dejar de sentirlo atravesado por la conciencia de la orilla sin fin, y una orilla no es nunca un límite, sino el ámbito donde el adentro y el afuera interactúan sin llegar tampoco a sintetizarse en uno solo. Por cierto, que en esa estatua de sal que menciona no todo es quietud. Yo la veo más bien como una figura paradójica en la que al supuesto castigo de la quietud que toda estatua parece soportar, se le superpone desde dentro la inquietud incontenible de la sed que da la sal. Volver el rostro siempre tiene sus riesgos, pero yo, antes que dejar de mirar, prefiero pensar que quien busca el origen con ese tipo de sed, realmente lo acaba abriendo delante, nunca detrás.

Por cierto, ¿dónde está la Playa del Tractor que menciona en "Ala y sal"?

En un rincón secreto que no pienso revelar en público, menos aún en una conversación con el reportero más andariego, perspicaz y culinquieto de estas ínsulas. Lo que sí puedo contar es que se trata de la única playa que conozco en Gran Canaria que logró vencer a la voracidad del ladrillo en un combate cuerpo a cuerpo: en su orilla quedó abatido, ruina y monumento al mismo tiempo, el tractor que se llegaba hasta la costa para robarnos a todos la preciosa arena tostada por el sol.

Quando el cuerpo despierte

El poema es cómplice de la naturaleza olvidada en el sujeto

DANIEL BARRETO

Lejanía de sí mismo y del mundo: alienación. Casi se diría que, en todos los frentes, la fuerza alienante es la velocidad. En el trabajo, los afectos, el consumo. Abortar el tiempo necesario para metabolizar la experiencia termina por volvernos extraños ante el espejo. Sin embargo, y al contrario de lo que suele creerse, resistir no consiste simplemente en cambiar de la quinta a la primera marcha, tomarse las cosas con calma, irse de vacaciones. Falsas variantes que únicamente reponen fuerzas para cabecear de nuevo en el torbellino. La alternativa, enseñaba Bruno Bettelheim, tiene que ver con el recuerdo del propio cuerpo, su despertar en la conciencia. Despertar significa aquí escuchar de nuevo el mundo y eso solo sucede en la medida en que vuelven a comparecer la carne y los huesos. ¿Dónde? En las palabras.

En el paso laborioso y lento hacia el lenguaje se inscriben los libros del poeta Miguel Pérez Alvarado, particularmente sus dos recientes poemarios: *Ala y sal*, publicado por El sastre de Apollinaire, y *Abra*, última entrega de la colección El Faro de La Puntilla, dirigida por Eugenio Padorno en Mercurio Editorial. Según la nota final de *Ala y sal*, el libro se organiza en torno a cinco "espirales": tiempo, paisaje, palabra, amor y mirada. Creo que el centro de cada espiral no está vacío, sino habitado por el "levantamiento" del cuerpo, recuerdo que empieza ya en el movimiento a la vez íntimo y mundano del respirar: "Exhalas aquel aire/ y en paisaje amasado/ anuncian los cánticos/ el lugar, ahora, del reencuentro".

El despertar somático es la primera parada fuera de la alienación, a menudo vinculada a la contemplación del paisaje previamente explorado: "El tiempo derramado en el aire/ hasta hacerlo respirable;/ a los pies del olvido un nuevo tacto/ reptar y ancho coagula el deshielo de los días". El nuevo tacto es emblema del cuerpo sorprendido. Con razón escribió el doctor Angelicus que quien agudiza su tacto perfecciona los cinco sentidos. La sangre puede correr de nuevo por las venas: "embalsa y bulle la sangre/ de este cuerpo que esta vez,/ derramado el tiempo en el aire,/ margulla todos sus rincones". Recordar el cuerpo es levantar la vista, por fin, sentirse de nuevo en pie. Los propios huesos se vuelven bisagra entre adentro y afuera, pues siempre es simultáneo que palpase vivo implique contemplar lo que no soy yo, lo previo a mí: "Desde siempre, para tu epifanía;/ desde atrás/ las piedras y el mar y los barrancos,/ para tu ensanchamiento./ A pesar del viento en contra/ —cuchillo o cal o tapia—,/ tu cuerpo desde siempre desde atrás:/ cósmico quicio". La nueva vigilia perceptiva no es nunca únicamente clausura en sí mismo. El cuerpo es exposición, desapropiación, puesta en relación con el tacto de los otros. Saberse y tocar se entretejen sin fusión. Por eso el an-

claje no puede estar sino afuera: "No estaré/ si el regreso no tiene lugar en tu cuerpo; [...] / desenlazado el espacio/ que inaugura la respiración".

Si el padecimiento psicósomático, como descubrió Alexander Mitscherlich, proviene de una culpable renuncia a la libertad, entonces traer la renuncia a la conciencia libera al menos de la parte irracional del sufrimiento. La palabra poética, cómplice de la olvidada "naturaleza en el sujeto", podría deshacer el conjuro, aunque fuese por un instante, que encadena el yo a su autodesprecio. Y, sin embargo, el despertar de la propia carne, su tránsito de objeto pulido o

palanca de gimnasio a carne viva, no termina en armonía con el mundo. El último poema de *Ala y sal*, incluido como un polizón en la nota final, concentra en la estatua salina de Lot la recaída en el cuerpo paralizado, separado de su acceso al pasado, de la promesa insita en la memoria.

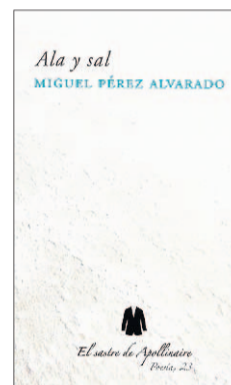
En las secciones "Expulso" y "Otro lenguaje", del poemario *Abra*, confirmamos que la memoria liberadora del cuerpo no era un motivo ideal, una figura más o menos abstracta, sino una experiencia situada. El "contemplado", como dijo Pedro Salinas, es el mar encarado en las orillas de Gran Canaria, especialmente de la playa de Las

Canteras. Contemplación que se reconoce inserta en una indagación poética previa y afin, la de Alonso Quesada o Pedro Perdomo Acedo, asediada por el viaje —ida o regreso— y siempre perseguida por la pregunta del autor de *Los caminos dispersos*: "¿En qué lugar está la perspectiva cierta? / ¿En el rincón atlántico/ sobre el solemne mar o en los caminos de estos hombres rápidos/ cuya es la hora tan breve/ como una diminuta mirada de paso...?" No es casual que Pérez Alvarado haya dedicado un libro anterior, *Tras la sístole. Viaje y escritura insular* (Mercurio, 2015), a explorar el vínculo entre el impulso al viaje, pérdida de lugar, y la condición isleña. El quicio de la orilla atisba un habitar incapacitado para la posesión de la tierra. La propia pregunta, pendiente y sin respuesta definitiva, perdiendo pie en el mar, será entonces la perspectiva cierta.

Abra

MIGUEL PÉREZ ALVARADO

Mercurio Editorial. Colección El Faro de La Puntilla



Ala y sal

MIGUEL PÉREZ ALVARADO

El sastre de Apollinaire

Agenda literaria 2019



ALBA

LA AUTÉNTICA Y GENUINA
AGENDA LITERARIA

Ilustraciones sugerentes, citas inspiradoras
y efemérides originales de los autores más
destacados de la literatura universal

albaeditorial.es

ALBA